



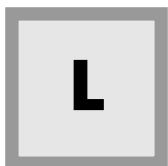
EL LAGO DE CHAPALA:

**SU RIBERA NORTE. UN ENSAYO DE LECTURA
DEL PAISAJE CULTURAL**

RELACIONES 85, INVIERNO 2001, VOL. XXII

Brigitte Boehm Schoendube
EL COLEGIO DE MICHOACÁN

En este ensayo metodológico de la lectura del paisaje cultural se propone que las manifestaciones y las huellas visuales del artificio humano conforman escrituras impresas en el espacio geográfico, a cuya lectura se exponen cotidianamente los habitantes de una región. El desciframiento de los signos escritos por los diversos grupos subculturales en distintos tiempos y con diferentes caligrafías conduce a la internalización de los significados de los lenguajes que, entonces, revelan las diferencias socioculturales y las expresiones geográficas de inclusión y exclusión. El eje articulador son las relaciones observables con el agua en sus diversas formas de aparición: como vaso lacustre, escurrimientos superficiales, acuíferos subterráneos, ligadas a consignas tecnológicas específicas. Las imágenes de la ribera norte del lago de Chapala permiten destacar las concomitantes económicas, sociales, políticas y culturales inferibles de los rasgos materiales y sus transformaciones a través del tiempo (paisaje cultural, artificio, tecnología, cambio social, cambio cultural, escritura, lenguaje, agua, Chapala).



LOS TEXTOS ESCRITOS EN EL PAISAJE CULTURAL¹

El acercamiento al lago de Chapala y a los grupos sociales que lo habitan y aprovechan sus recursos parte del supuesto de que su problemática ecológica es de índole cultural, por lo cual se impone, en primer lugar, una discusión sobre una concepción operativa de la cultura y, enseguida, sobre diversos métodos y técnicas que han de conducir a encontrar los depósitos de información, a leer las grafías de los documentos y a analizar sus textos, en este caso, los grabados en el paisaje por autores y amanuenses de distintas épocas.

¹ Este trabajo forma parte del proyecto “Historia ecológica de la cuenca Lerma-Chapala-Santiago”, bajo la coordinación de la autora y con la participación de investigadores del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Michoacán y el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. Es uno de los resultados del esfuerzo conjunto del equipo investigativo de diseño y discusión metodológica y análisis de información. Margarita Sandoval Manzo realizó el trabajo cartográfico y de digitalización fotográfica.

A lo largo de la historia los grupos humanos han establecido relaciones cambiantes con el lago, que son las que tomamos como eje alrededor del cual se vinculan otros fenómenos socioculturales, tales como las formas de aprovechamiento de los recursos de subsistencia, de desarrollo tecnológico, de intercambio económico, de dominio regional, de poblamiento y, también, de representación colectiva de la realidad vivida en el ámbito de este análisis, así como de las consecuencias de las acciones derivadas de tales representaciones.

La dinámica inherente a cada relación social con el agua y las demás partes componentes de la geografía regional produce un artificio, por mínimo que sea, que altera la naturaleza del paisaje al grado de privarlo de todo carácter prístino. La acumulación de artificios, a su vez, no ha dejado intactas las relaciones sociales de los referidos grupos y, cuando los ponemos en nuestra mira historiográfica (a principios del siglo xx), ha tiempo que han dejado de ser primitivos. El artificio, vuelto objeto en el telescopio, consiste de partículas orgánicas e inorgánicas atadas de energía y puede desembarazarse del análisis de las manos que lo realizaron y de los propósitos culturales que las guiaron. Resulta difícil entender, sin embargo, las variaciones temporales en la forma y en las cargas energéticas de los artificios, en desatención de los cambios sociales y culturales.

EL ARTIFICIO

No me detendré en las varias propuestas que desde la biología y la física han surgido para incorporar los fenómenos culturales y sociales en el análisis. Me interesa más bien destacar que, antes de reducir o particularizar el concepto de cultura, prefiero conservar su acepción genérica e inclusiva de todas las acciones conducentes al artificio y de todas sus manifestaciones y repercusiones. El artificio, como tal, es cultura (suele referirse como cultura material); su ejecución es cultura (generalmente llamada tecnología); la conjunción de esfuerzos para lograrlo es cultura (u organización social del trabajo); su estilo es cultura (con variaciones temporales y regionales); su impacto en el ambiente y en el paisaje es cultura (geografía, biología, física humanas), su mensaje es cultura (su

representación). Son también culturales las maneras económicas, políticas, poblacionales, religiosas, imaginarias, científicas y demás y sus transformaciones; su inclusión en el análisis tiene el propósito de corroborar o desmentir la inserción sistémica y dependencia estructural de contextos espaciales y procesos temporales, así como de explorar su presencia y su dinámica específicas en la cuenca de Chapala.

El artificio se presenta a la mirada exploratoria con diversos rostros; ya aludimos al de sus cualidades biológicas, físicas o químicas, faltando por agregar la tecnológica en sus varias dimensiones: la instrumental, que es aquella que hace del artificio un objeto utilitario conducente a un fin; la constructiva, que es la relativa a la reubicación de elementos naturales que crea nuevos paisajes con o sin fines utilitarios específicos, y la que a falta de mejor término llamaré reactiva, a saber, la que se presenta a consecuencia de las anteriores. Por ejemplo, la tala de un árbol para elaborar un instrumento, una escultura o una viga, deja un hueco en el paisaje, si el hecho se vuelve repetitivo produce deforestación, erosión, desertización; cada creación tecnológica, cada uso y cada consumo produce residuos, cuya reubicación produce cambios en la faz del paisaje.

Siendo invariablemente el artificio el resultado de la acción creadora de determinados seres humanos,² el artificio adquiere la cualidad de ventana a través de la cual pueden vislumbrarse esos actores y deducirse sus formas de coordinación y sus intenciones. En su primera dimensión, la instrumental, ha sido objeto de estudio en múltiples ocasiones: los arqueólogos, por ejemplo, no pueden prescindir de las colecciones de objetos líticos, cerámicos, metálicos, óseos o fibrosos, para conocer sobre la tecnología, la economía, los estilos artísticos y las creencias de las sociedades del pasado. Es también la arqueología la que provee valiosas guías metodológicas para abordar al artificio constructivo como signo y a los conjuntos de signos como escrituras grabadas en el paisaje. Otras guías metodológicas provienen de la necesidad de la geografía humana de traducir los rasgos del paisaje al lenguaje cartográfico y de interpretar las trazas artificiales, y de la arquitectura del paisaje, orien-

² No incumbe aquí discernir sobre la capacidad de otros animales de producir artificios.

tadas éstas por las reglas de la estética, como puede suceder también con el análisis literario.

De ventana, el artificio pasa, entonces, a ser signo o letra y escritura y exige la aplicación de métodos y técnicas de desciframiento, primero, de determinación de sus lenguajes y de identificación de sus significados, enseguida, de interpretación, después.

Como cualquier texto o discurso literario, lo escrito en el paisaje por diversos grupos humanos, puede sujetarse a las reglas del análisis lingüístico y filológico o al crítico histórico del documento. El paisaje cultural difiere de un códice, un acta, los ocursos de un trámite, una carta de amor, una novela, la tesis de un investigador, la descripción de un viajero, el informe de un presidente, porque muestra múltiples trazos escritos en tiempos diversos y a veces simultáneamente, cada uno alterando el mensaje del otro con su propio comunicado, cada uno viendo su mensaje alterado por el comunicado del otro. Es como si aquellos textos fueran uno solo y no los fragmentos que el investigador conjunta en su argumento.

La tentación de atender a las discontinuidades más que a las continuidades, a los cuadros más que a las series lineales, al monumento más que al documento, de descuartizar cada texto para encontrar su estructura interna más que eliminar los desparramamientos para encontrar el “rostro” de una época,³ es ciertamente grande. A diferencia de la práctica inquisitiva de los historiadores hasta hará una triada de décadas, quizá, en la de las disciplinas antropológicas y algunas de las que pueden enmarcarse dentro de la economía política, ha tiempo que se ha cuestionado esa visión lineal, totalizadora, globalizadora, que orientaba la búsqueda.⁴ Pienso que son rescatables algunas de las propuestas del evolucionismo multilineal y de la ecología cultural, particularmente, para solucionar el problema de decidir cuales son las relaciones que permiten identificar un conjunto, en qué parte se encuentra la coherencia corpórea de los documentos, en fin, dar con principios de elección y situar niveles del análisis (Foucault 1996: 17)

³ Véase Foucault 1996: *passim*.

⁴ En otra ocasión será pertinente exponer con mayor detalle la influencia ambigua del pensamiento de Marx sobre ese cuestionamiento.

Es en este sentido que se vuelve pertinente la exposición de otras dos dimensiones a considerar en la lectura del paisaje cultural, referidas precisamente a esos principios de elección y a los niveles del análisis que cruzan a través de las metodologías históricas, geográfico históricas, histórico sociales, económicas, políticas, demográficas y culturales, entre otras.

LA LECTURA DE LA CULTURA

Por un lado se encuentra la dimensión que busca establecer tanto regularidades y continuidades como irrupciones y desprendimientos en tiempos cortos, medianos o largos con base en conjuntos definidos estadísticamente, que pueden moverse de manera lineal o multilineal o conducir a nada. La atención a esta sola dimensión puede artificialmente detectar la convergencia en una sola línea central o dominante, o bien, puede descubrir un sinnúmero de pequeños movimientos igualmente lineales, pero aparentemente desagregados y autónomos.

Tiene particular peso en la antropología la propuesta de Redfield (1944, 1963, 1970) sobre el *continuum folk* urbano, a saber, de la consideración de los procesos sociales como cambios tendientes a mover a los grupos humanos del estado primitivo al civilizado,⁵ para la generalización de esta dimensión metodológica en los estudios sobre el cambio sociocultural. Me gusta la sintética frase de Wolf para aludir a la influencia a través de Durkheim de esta visión en la sociología, que puede hacerse extensiva al funcionalismo antropológico: “[...] un movimiento entre un tipo de solidaridad social basada en una similitud de todos los miembros a una solidaridad basada en una complementariedad ‘orgánica’ de diferencias” (Wolf 1987: 25).

⁵ La propuesta de Redfield tuvo la virtud de sacar a la comunidad campesina del estanco inmóvil e inafectado por el exterior de los estudios antecedentes, en los que era común hablar de “tribus”. A este respecto cabe anotar que incidentalmente el término “tribu” fue sustituido por el de “etnia”, sin una variación semántica explícita. Fue definitivamente más fecundo el concepto de “campesinado”, aunque en este caso se evadieran otros aspectos culturales.

Este autor apunta también a la noción técnica que caracteriza los desenlaces posteriores y más recientes en la ciencia social “occidental” (que quizá por ella desecha la búsqueda de los orígenes), pues provoca a pensar que el repunte de la civilización convierte en técnicas las relaciones y en técnicas también las soluciones.

En esta dimensión se sitúan también las obras de antropólogos e historiadores que adoptan el enfoque regional a partir de las propuestas de la geografía referidas al papel que juega el lugar central (Van Young 1992; Pérez Herrero 1988; De la Peña 1986). Es posible agregar a este inventario la mayoría de los esfuerzos de la geografía histórica, económica y demográfica y de las diversas disciplinas sociales ocupadas del desarrollo (para México Bassols 1982; Bataillon 1969)

Antes de pasar a explorar las implicaciones y las posibilidades de análisis de la segunda dimensión, quiero dejar asentado que la acepción de esta primera no me parece gratuita o vana. El mismo Wolf, quien se constituyó en uno de sus más fervientes críticos, no escatimó esfuerzos para lograr la ambiciosa demostración de que la expansión de Europa y el proceso centralizador de acumulación de capital integró a su dinámica a las sociedades más renuentes y a las localidades más recónditas. No dejó de constatar que este movimiento integrador, a su vez, educó las miradas de sus analistas y conformó a actores sociales específicos, entre ellos a los antropólogos (Wolf 1987: *passim*).

A los esfuerzos de conceptualización de Wolf debemos así, aunque no siempre explícitamente,⁶ el señalamiento de la necesidad de incorporar al mismo tiempo la segunda dimensión: la de las intermediaciones que en cadena o simultáneas pero sistemáticamente actúan para desviar de la línea central o las líneas paralelas a cada movimiento.⁷

⁶ La lectura de la obra de Wolf bien puede arrojar esas dos visiones contradictorias: los campesinos siendo campesinos por su relación intermediada con el Estado y la sociedad mayor, es decir, configurando sistemas abiertos (una estación terminal con limitado cerebro propio) o el pueblo campesino como comunidad cerrada o corporada, entendible sólo en base a su propio sistema cerrado.

⁷ Bien señala Wolf que también los antropólogos de la época de Kroeber y Linton se dejaron seducir por la idea de crear una historia universal de la cultura; fallaron en entender a los pueblos estudiados, según él, por no situar las vinculaciones culturales en el

De esos procesos integrativos desprendo el apellido para esta primera dimensión: integradora o integrativa.

Sin embargo, el que Wolf mostrara tan pertinaz obstinación se debió a su afán de demostrar la segunda dimensión: la que llamaré articuladora o articulativa. El mismo autor señala varias vertientes en la ascendencia de su inspiración: el concepto marxiano de la articulación de modos de producción; el de la interdeterminación del desarrollo y el subdesarrollo de autores como Gundar Frank y el del desarrollo de la economía mundial europea de Wallerstein (que, sin embargo, no se propusieron “estudiar las reacciones de las micropoblaciones” [Wolf 1987: 39]).

En la búsqueda de esa historia, en la que “claramente emergen ‘su’ [de los integrados] historia y ‘nuestra’ historia [de los integradores europeos] como parte de la misma historia” (Wolf 1987: 34), señala distintos caminos que las micro, medianas y grandes poblaciones hubieron de recorrer empíricamente a consecuencia de la expansión capitalista europea y las agencias y los instrumentos que los trazaron. Desecha la propuesta evolucionista multilineal de Steward,⁸ para prescindir de un esbozo de regularidades e irregularidades debidas a la dinámica y a las relaciones específicas propias de la “gente sin historia” anteriores a 1400 y reorientadas después.

Ciertamente Steward dejó irresuelto el problema de la penetración capitalista y el de las fuerzas hegemónicas o el dominio o el de la naturaleza del poder en el orden global actual, así como su construcción histórica. Me parece sesgado el juicio, sin embargo, que limita su propuesta de niveles de integración a una forma estructural, *quasi* organicista, de ver a la sociedad compleja como al todo y a los segmentos subculturales como partes estáticas del conjunto. La misma propuesta conlleva una más fuerte carga de noción sistémica que estructural (aunque no quede resuelta en las monografías etnográficas que la acompañan) y,

contexto económico y político de “las fuerzas que impulsaron a Europa hacia su expansión comercial y hacia el capitalismo industrial” (Wolf 1987: 9).

⁸ Sospecho que Wolf es el responsable directo del rechazo generalizado a las propuestas de Steward y del relego de su obra al cajón de los libros no leídos, ya que varios autores posteriores las descartan en los mismos términos (Wolf 1987: 28-30)

precisamente, es indicativa de que subyace a la recomendación de Lesser, de que “[...] a las ‘sociedades humanas, sean prehistóricas, primitivas o modernas, las contemplemos como sistemas abiertos, no cerrados’; que las veamos ‘como inextricablemente entrelazadas con otros agregados, cercanos y distantes, en el seno de conexiones en forma de telarañas, de red’”, que Wolf suscribe con bastante fervor.⁹

No es a Steward tampoco a quien haya que culpar de que la ecología cultural –término por él acuñado– siguiera senderos particularizantes y ecológicamente deterministas en el estudio de la “adaptación cultural” al medio de grupos humanos aislados.

Sí es atribuible a este autor y digna de rescatar su aseveración de que

[...] la cultura de una nación moderna no es simplemente una norma de conducta reconocible mediante la observación de todos los individuos o de una muestra significativa de ellos. Grupos diferentes de individuos son sustantivamente disímiles en muchos aspectos [...] Cuando se examina la aculturación tribal bajo la influencia de una nación moderna, es totalmente inapropiado concebirla como un proceso simple de reemplazo de una conducta individual tribal (el patrón tribal) por un núcleo nacional de rasgos de conducta individual (el así llamado patrón nacional). Ningún individuo o grupo de individuos presenta el patrón nacional completo; participa sólo de porciones muy especiales de la cultura completa. Son miembros de una subcultura que tiene una relación específica con el total nacional [...] es una parte especializada y dependiente del todo (Steward 1979: 46-47).

El modelo de Steward acerca, aunque no arribe, a la concepción de que las características de cualquier grupo humano actual no se deben a que su recorrido histórico haya sido más o menos acelerado por el camino bueno o malo, sino a la relativa autonomía o dependencia de la ruta. A saber, antecede a Wolf en el señalamiento del papel jugado por las sucesivas conquistas y colonizaciones. Su propuesta de ver a cada una de las partes –incluyendo entre ellas a los supuestos detentadores de la cultura nacional– como subculturas, es a mi modo de ver una de las más lúcidas para resolver la manera de conjuntar en el análisis, por un lado, la tendencia integradora, que orienta a los grupos a su acomodo-

⁹ Lesser (1961: 42), en la cita de Wolf (1987: 34).

do en alguna de las capas horizontales de la estructura social (clases, estratos, órdenes), por el otro, la tendencia simultánea articuladora, que establece relaciones verticales de intermediación entre los diversos niveles de integración. Es la verticalidad, que no es necesariamente unilineal, probablemente, la responsable de las desviaciones de la línea central.

Es comprensible que entre los cuarenta y ochenta el interés de los investigadores se viera atraído en México por la atención a la verticalidad política, más que a la económica. Es decir, se centró en tratar de explicar la formación del Estado nacional y los procesos de centralización del poder político. En la coyuntura neoliberal actual el énfasis está transferido a las fuerzas del mercado y a su orientación integradora, en desatención de las articulaciones generadas históricamente en la economía capitalista del país y de su renovada dinámica.

LA BÚSQUEDA DE UN MÉTODO DE LECTURA DEL PAISAJE

Antropólogos, historiadores y otros científicos sociales (entre ellos el propio Wolf) suelen desentenderse de una preocupación central del evolucionismo multilínea: la de la relación histórica de las sociedades con la naturaleza que en forma cambiante les provee el sustento, así como la referida a los condicionamientos que los espacios naturales transformados (o culturizados) les imponen. Steward se limitó a bautizar con el término “adaptación” al proceso de establecimiento social de esa relación, que ya había sido tratada por Marx y Engels y otros autores marxistas con el acento en el papel del trabajo en su realización.

En términos generales el marxismo señaló dos de las vías mediante las cuales el trabajo social había históricamente transformado a la naturaleza y generado tipos de sociedades (que son las que retomo arriba): el agregado de trabajo a partes de la naturaleza para crear instrumentos, cuya vía culminaría con la propiedad privada de los mismos y la conversión del trabajo en mercancía en el capitalismo,¹⁰ y el agregado de

¹⁰ El texto clásico de Engels, *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, (1977a) se refiere a la evolución del hombre como especie zoológica. Interesan más su propio texto sobre *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1977b) para la

trabajo al paisaje para la creación de infraestructura material para la producción, que para el propio Marx, pero sobre todo para su seguidor Wittfogel (1956) condujo a la formación de los Estados hidráulicos o despóticos.

Aparte de los problemas metodológicos para hacer operativas estas propuestas generales en el análisis de casos particulares, sale a relucir que estos autores escasamente tomaron en cuenta los contenidos simbólicos de las obras materiales portadoras de ese “sustrato histórico de trabajo”.¹¹

El antropólogo Ángel Palerm tenía alguna idea, que habría que hacer extensiva a los rasgos distintos que los de la agricultura, que nunca escribió, para dotar de contenido a un concepto al que refería como “tierras creadas”, aludiendo al sentido de propiedad y de poder, de exclusividad y diferenciación, intrínseco a los terrenos nivelados, irrigados y cultivados, frente a los baldíos o temporaleros apenas desbrozados.

La vuelta al paisaje, a saber, el cerrar el círculo que se inicia en el análisis del artificio y que se continúa en el de la organización social y la manera cultural de los creadores, con el relativo a las nuevas condiciones que la geografía transformada impone a los grupos humanos, conduce a problemas metodológicos para cuya solución los arqueólogos han ofrecido ciertas pistas, particularmente los que se abocaron a la arqueología de “área”, después de señalar las limitaciones de las exploraciones de “sitio”.

Un ejemplo ilustrativo del diseño imaginativo de métodos y técnicas para deducir de la huella material de las hazañas tecnológicas las implicaciones socioculturales en el pasado, es el llevado a cabo por los participantes en el proyecto dirigido por Sanders en el valle de México, al que habría que sumar el que estuvo bajo la responsabilidad de Millon en Teotihuacán. Para el caso de una lectura del paisaje actual en el lago de Chapala interesa rescatar algunas de sus vertientes: la consideración

visión evolutiva unilineal del materialismo, frente a los textos de Marx (1939, 1965) en los que aborda a los modos de producción no capitalistas para destacar la diferencia, y la interpretación sucinta de estos textos de Hobsbawm (1965).

¹¹ Aludiendo al concepto de Wittfogel en su artículo sobre las actualizaciones resultantes de la aplicación de trabajo a la naturaleza (1970).

de dos dimensiones en la adaptación histórica de las sociedades: la cuantitativa, relativa a la demografía y a los factores inherentes a la presión demográfica, y la cualitativa, que Sanders refiere al patrón de asentamiento.

En el caso de la exploración de una de las áreas nucleares de la civilización mesoamericana, los arqueólogos tenían presente que se trataba del producto de un largo proceso de crecimiento y complejización que “[...] transformó a una sociedad pequeña y socialmente homogénea en una grande y heterogénea” (Sanders y Price 1968: 38).

Para descubrir ese proceso y describirlo fue necesario inferir de la distribución de la arquitectura y de los artificios instrumentales, de uso y de consumo las concomitantes económicas, demográficas y sociales, destacando el fenómeno del

[...] urbanismo como un conjunto de procesos interrelacionados que ocurren en un continuum de desarrollo [...] el término urbano [...] tiene un significado definido, y refiere a procesos económicos, demográficos y sociales –no a arquitectura y manufacturas–.

Tanto los recorridos de recolección de materiales de superficie [*survey*] como la excavación revelan datos de crecimiento poblacional y nucleación en la historia de un sitio arqueológico. Si se detectan variaciones en la riqueza y status económico al interior de una comunidad arqueológica [es posible asociarlas] con diferenciaciones sociales acompañadas de segregación espacial de grupos de status dentro de los asentamientos.

En muchos centros urbanos, la diferenciación social puede ser reconocida con un tal grado de formalidad, que resulta en la segregación física de artesanos o clases sociales en barrios; en otros casos tales unidades pueden estar señaladas por avenidas, calles o muros y contener centros cívicos secundarios (Sanders y Price 1968: 47-48).

Los autores citados aluden también a las variaciones de especialización inter e intracomunidades, observables en la calidad de los objetos manufacturados, las habitaciones y los entierros y por indicaciones de segregación espacial (Sanders y Price 1968: 53). Destaca entre sus señalamientos el significado socioeconómico de la arquitectura monumental, tanto de infraestructura como suntuaria, en relación al tamaño de la

población y la cantidad de trabajo necesaria a su realización, y no dejan de considerar su significado de dominio. Es interesante que en respuesta a sus críticos (que aducen la construcción de iglesias durante la Colonia) relativizan el efecto directo recíproco entre densidad demográfica y grado de urbanización y tamaño de obra, al asentar que

A pesar de que la construcción de una iglesia de pueblo fue principalmente el producto del trabajo del pueblo, fue organizada y dirigida dentro del asiento administrativo de una Iglesia de Estado, y la mano de obra calificada [que intervino], derivada de las instituciones económicas que identificamos como civilizadas (Sanders y Price 1968: 55).

sin dejar de lado que

[...] la reconstrucción arqueológica de grandes sistemas sociales está basada en la estratificación aparente de sitios por su tamaño. Cuando un sitio muy grande y varios centros cívicos considerablemente menores, todos contemporáneos, están localizados dentro de un área de, digamos, varios miles de millas cuadradas, puede asumirse que la construcción del centro grande dependió de una fuerza de trabajo sacada también de la población tributaria de los centros menores (Sanders y Price 1968: 56-57).

En este último sentido el proyecto del valle de México demostró que en el tiempo largo del desarrollo del urbanismo (con sus climax en las ciudades de Teotihuacán y Tenochtitlán), en los cortes sincrónicos efectuados por los investigadores siempre aparecieron como contemporáneas las manifestaciones de mayor nucleación e inversión tecnológica en determinados sitios con los asentamientos más rurales. Fue Parsons quien con mayor insistencia sistemática correlacionó los cambios observables en los últimos con los desarrollos urbanos; así, por ejemplo, la paulatina ruralización de poblados bastante urbanizados en el sur del valle en la medida que Teotihuacán monopolizaba funciones de gobierno, mercado y religión, y la nucleación y cambio de localización de sitios rurales a lugares fortificados a consecuencia de la competencia entre Estados anterior a la hegemonía teotihuacana (Parsons 1967, 1968, 1971, 1973, 1974, sf).

No trataremos de encontrar lo mismo que los arqueólogos, sólo de adecuar métodos y técnicas a una región¹² actual, en la que operan indudablemente fuerzas socioculturales muy diferentes a las de antaño. Sin embargo, las consideraciones de los arqueólogos previenen de la asunción de supuestos ingenuos, tales como el de presumir la ahistoricidad de las relaciones sociales y las formas culturales que pueden inferirse mediante la lectura del paisaje, así como las correlaciones establecidas en sistemas sociales que ya no son simplemente grandes, sino mundiales o globales.

Para ver el paisaje de la ribera norte del lago de Chapala, los ojos deben estar abiertos a captar los fenómenos consecuentes a los procesos socioculturales que suceden allí mismo y que involucran energías procedentes del lugar y esfuerzos humanos locales, los que están condicionados por procesos de urbanización y construcción cercanos, pero fuera de la región (el crecimiento de Guadalajara, por ejemplo, y las obras hidráulicas que afectan los niveles del lago), así como también los que se desprenden de articulaciones nacionales e internacionales y los que producen integraciones globales.

Es obvio que este análisis histórico no puede dejar exentos de atención los procesos de acumulación de capital y de centralización del poder en un ámbito de esta sociedad global moderna.

Otra inspiración interesante para el armado metodológico de una lectura del paisaje de las riberas del lago de Chapala proviene de la arquitectura, aunque, he de confesar, las vertientes que descubre de índole simbólica permanecen aún poco sistematizadas por mi parte.

El ejercicio de la profesión, combinado con la docencia e investigación universitarias de Jackson, conduce a este arquitecto paisajista al desarrollo de propuestas para el análisis de los fenómenos observables. Frente al criterio de la estética, predominante en su campo disciplinario, sucedido por el relativo a la función, para entrar en la consideración la intervención del profesional paisajista para armonizar los dos primeros, este autor nos acerca a los campos antropológicos delineados arriba.

¹² En otro momento se entrará en la discusión y el deslinde conceptual de un enfoque de área frente a un enfoque regional.

Cuestiona en primer lugar el supuesto intrínseco en la asunción de que la estética de un paisaje cultural refleja la afinidad con la geografía y el grado de contradicción y conflictividad de la sociedad, así como la idoneidad de las soluciones tecnológicas con sus funciones sociales; donde la armonización a través de la acción profesional eliminaría los puntos sosos, tristes, desagradables, feos y repulsivos al proveer mejores soluciones funcionales, ergo, pulir las diferencias sociales.

Jackson advierte que el arquitecto trabaja con una materia prima dada, a saber, históricamente conformada, que no parte de cero. Su primera tarea consiste en conocer las cualidades de su materia prima, descubrir las funciones de sus partes y detectar los desajustes. Su llamada de atención para entender el paisaje vernáculo es fundamental:

En su uso común, la palabra sugiere algo ruralizado, hecho en casa, tradicional. En conexión con la arquitectura su uso es indicativo de la vivienda rural o pueblerina tradicional, la vivienda del campesino o artesano o jornalero. Son frecuentes las definiciones que sugieren que la palabra vernacular alude a la vivienda diseñada por un artesano –no un arquitecto–, que está construida con técnicas locales, materiales locales y teniendo en mente el medio ambiente local: su clima, sus tradiciones, su economía –predominantemente agrícola–. Ese tipo de vivienda no pretende sofisticación estilística. Es leal a formas locales y raramente acepta innovaciones desde el exterior de la región. No está sujeto a las modas y está poco influenciado por la historia en su sentido más amplio. Es por eso que el adjetivo *atemporal* es muy usado en las descripciones de la construcción vernácula (Jackson 1984: 85).

Pero, agrega (en alusión a las formas arquitectónicas europeas introducidas durante la colonización temprana de Norteamérica):

[...] sólo hemos de recordar [eventos previos en Europa] para darnos cuenta que *tenía* que desarrollarse un nuevo tipo de vivienda con nuevos usos. Era un tipo que aún en Europa no se conformó de acuerdo con esa definición académica de lo popular que aún usamos. No era simplemente rural y agrícola, se identificaba con comunidades mineras y de transporte marítimo, con las ciudades y pueblos planeados por arquitectos o ingenieros con funciones militares y políticas. Finalmente, los materiales y las técnicas usados eran importados de otras partes. Y sin embargo, como era una arquitec-

tura pensada para agricultores y artesanos o jornaleros se calificó –y aún se le concibe– de vernacular (Jackson 1984: 86).

La búsqueda del paisaje vernacular, o simplemente del paisaje, llevó a este autor a desechar la definición estática del panorama o vista del escenario montado en la tierra, o de la pintura que reproduce la escena, “a desechar el abordaje estrictamente estético y fenomenológico –el paisaje como un fenómeno aislado desnudado de orígenes y funciones, desvinculado de la existencia–” (Jackson 1984: 147).

A cambio optó por verlo en términos que él llama “mundanos”, como expresión especial de un orden social dado,

Una especie de lenguaje bidimensional con su propia gramática y su propia lógica [...] A semejanza de una lengua, un paisaje tiene orígenes oscuros e indescifrables, como una lengua es la creación lenta de todos los elementos sociales [...] Un paisaje, como una lengua, es el campo del conflicto y compromiso perpetuo entre lo establecido por la autoridad y la insistente preferencia del creador vernacular [...] Cualquier definición de paisaje que finalmente establezcamos, para que sea operativa tendrá que incorporar la interacción incesante entre lo efímero, lo móvil, lo vernacular por un lado, y la autoridad de las formas legalmente establecidas y premeditadas, por el otro (Jackson 1984: 148).

Para llegar a estas conclusiones el autor pasó revista a los fenómenos paisajísticos observados en diversas regiones y usó el método comparativo. Llama la atención su manera de percatarse de proyectos paisajísticos simultáneos y convivientes en un mismo espacio y de referirlos a la acción de órdenes y clases sociales específicos; de señalar al observador no entrenado los rasgos que merecen consideración para detectar correlaciones tales como fronteras y linderos, comunicaciones, lugares públicos y privados, sagrados y profanos, artificios móviles e inmóviles, signos de defensa y agresión, de inclusión o exclusión, de visibilidad o simulación, de función emanada de la manufactura vernácula (incluyendo baldíos y zonas naturales) o de la acción tecnoingenieril de una organización política del espacio a escala grande y de intención duradera (autopistas, presas, acueductos, monumentos, aeropuertos, instalaciones electroenergéticas, etcétera). Una vez detectados esos rasgos, el

autor insiste, cabe preguntar por quién los hizo, quién los controla, cuáles son sus intenciones.

La visión arquitectónica, de manera semejante a la arqueológica, agrega al instrumental analítico el del estilo artístico o tecnológico, que permite ubicar los artificios en el tiempo y detectar correlaciones espaciales. Otra dimensión implícita en el estilo, con el concomitante uso de determinados materiales, radica en el impacto visual que ejerce sobre los habitantes del espacio transformado. Es aquí donde se cierra el círculo de las lecturas lingüísticas formales del paisaje cultural e inicia la vertiente de la lectura de sus significados simbólicos, sin desprender éstos de la historicidad y la interrelacionalidad de las anteriores, que, como dije antes, está aún en pañales.

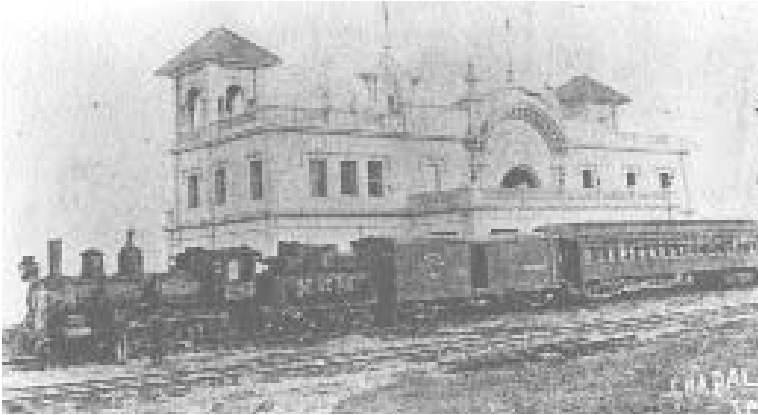
BIBLIOGRAFÍA CITADA:

- BASSOLS, Ángel, *Realidades y problemas de la geografía en México*, México, Nuestro Tiempo, 1982.
- BATAILLON, Claude, *Las regiones geográficas en México*, México, Siglo XXI, 1969.
- ENGELS, Friedrich, *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1977a
- , *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1977b
- FRANK, André Gunder, "The Development of Underdevelopment", *Monthly Review* 18:17-31, 1966.
- , *World Accumulation 1492-1789*, Nueva York, Monthly Review Press, 1978.
- FOUCAULT, Michel, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1996.
- HOBBSBAWM, "Introduction" a Karl Marx, *Precapitalist Economic Formations*. Nueva York, International Publishers, 1965.
- JACKSON, John Brinckerhoff, *Discovering the Vernacular Landscape*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1984.
- LESSER, Alexander, "Social Fields and the Evolution of Society", *Southwestern Journal of Anthropology*, 17:40-48, 1961.
- MARX, Karl, *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie*, Frankfurt, Europäische Verlagsanstalt, 1939.
- , *Precapitalist Economic Formations*, Nueva York, International Publishers, 1965.
- MILLON, René, *The Teotihuacan Map*, Austin, University of Texas Press, 1975.

- PARSONS, Jeffrey R., "Prehispanic Settlement Patterns in the Texcoco Region, Mexico", INAH, *Archivo de Monumentos Prehispánicos*, Parsons, 1967.
- , "Teotihuacan, Mexico, and its Impact on Regional Demography", *Science* 162: 872-877, 1968.
- , "Prehispanic Settlement Patterns in the Chalco Region, Mexico, 1969 Season", INAH, AdMP, Parsons, 1971.
- , "The Rise and Decline of Classic Teotihuacan: Inferences from Changing Patterns in the Valley of Mexico", INAH, AdMP, Parsons, 1973.
- , "Patrones de asentamiento prehispánico en el noroeste del valle de México. Región de Zumpango", INAH-AdMP, Parsons, 1974.
- , "Classic Teotihuacan as Seen from Texcoco", INAH, AdMP, Parsons, sf.
- PEÑA, Guillermo de la, "Poder local, poder regional: perspectivas socioantropológicas", en Jorge Padua y Alain Vanneph (eds.), *Poder local, poder regional*, México, El Colegio de México/CEMCA, 1986.
- PÉREZ HERRERO, Pedro, *Plata y libranzas. La articulación comercial del México borbónico*, México, El Colegio de México, 1988.
- REDFIELD, Robert, *Yucatán, una cultura de transición*, México, Fondo de Cultura Económica (FCE), 1944.
- , *El mundo primitivo y sus transformaciones*, México, FCE, 1963.
- , *Chan Kom. A Village that Chose Progress*, Chicago, University of Chicago Press, 1970.
- SANDERS, William T., *The Cultural Ecology of the Teotihuacan Valley*, Boston, American Association for the Advancement of Science, 1965.
- SANDERS, William T. y Barbara PRICE, *Mesoamerica: The Evolution of a Civilization*, Nueva York, Random House, 1968.
- STEWART, Julian H., *Theory of Culture Change. The Methodology of Multilinear Evolution*, Urbana-Chicago, University of Illinois Press, 1979.
- WALLERSTEIN, Immanuel, *The Modern World System*, Nueva York, Academic Press, 1974.
- WITTFOGEL, Karl, *Despotismo oriental*, Madrid, Guadarrama, 1956.
- , "Die natürlichen Ursachen der Wirtschaftsgeschichte", en *Marxismus und Wirtschaftsgeschichte*, Frankfurt, Junius Drucke: 466-714, 1970.
- WOLF, Éric R., *Peasants*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1966. *Europa y la gente sin historia*, México, FCE, 1986.
- YOUNG, Éric van, *Mexico's Regions*, San Diego, Center for US-Mexican Studies, 1992.

APÉNDICE: UNA LECTURA DEL PAISAJE CULTURAL*

Los ejemplos elegidos apenas dan cuenta de pequeños fragmentos de los multifacéticos lenguajes del paisaje cultural, atrás de los cuales se oculta toda la complejidad sociocultural de la región chapálica. Me ha interesado resaltar el hecho de que las huellas colaterales de la industrialización y modernización porfirianas no se inscribieron en un paisaje vernáculo; que los habitantes lugareños habían estado, desde tiempos demasiado remotos, sujetos a sucesos regionales, nacionales y aún mundiales, que moldeaban sus propias actividades y sus posiciones relativas en el espacio social y geográfico.



La llegada en 1888 del ferrocarril que comunicó a México con Guadalajara tocó la ribera del lago en Ocotlán, acelerando el dinamismo de su puerto y del comercio. “La empresa ferroviaria establece excursiones dominicales a precios reducidos a la laguna de Chapala. Los trenes salen de Guadalajara a las 7 de la mañana y regresan a las 7 de la noche. En Ocotlán se toma el vapor Libertad, que navega por el río Zula y las orillas del lago, transportando normalmente alrededor de 100 personas” [el Libertad naufraga frente a Ocotlán el 24 de marzo de 1889] (Martínez Redding 1973: 39).

* Fotografías del archivo de Juan Víctor Arauz



HOTEL ARZAPALO

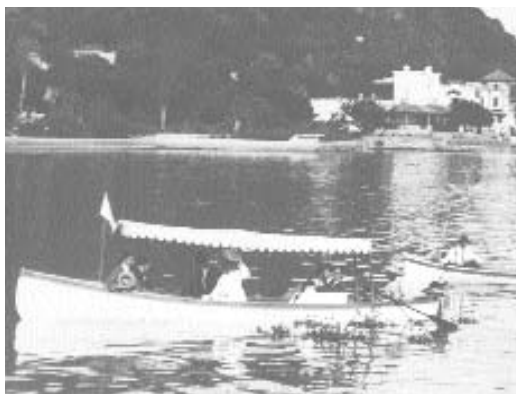
Tentativamente se perfilan dos épocas tempranas de la presencia turística en Chapala: la del porfiriato comienza con la iniciativa de varios negociantes extranjeros residentes en Guadalajara, que acuden atraídos por las aguas termales de sus manantiales; entre ellos el inglés Séptimo Crow construye las villas Montecarlo, Bell y Josefina (vende esta última a don José María Schnaider). Leonel Garden edificó la finca Tlalocan para venderla a Carlos Eissman, a cuya muerte la adquiere Manuel Cuesta Gallardo. De España era originario Ignacio Arzapalo, quien se convierte en hotelero y fomenta el turismo con sus servicios de diligencias y guayines y del vapor “Carmelita” que transita por el lago. Recibe un fuerte impulso a partir de 1904 hasta 1910, cuando las “mejores” familias tapatías y varias de extranjeros eligen a la villa para vacacionar durante la semana mayor acompañando al presidente Porfirio Díaz (y luego también durante la navidad). Para entonces habían construido sus casas vacacionales, todas a la orilla del lago, los prominentes tapatíos: Elízaga (finca el Manglar, aloja al presidente) Uribe, Pérez Verdía, Hermosillo, Cuesta Gallardo, Capetillo, Castellanos, Somellera, Brizuela, Newton, quienes albergaban a los aristócratas de la capital del séquito de don Porfirio.





Varios inversionistas tapatíos, entre ellos los hermanos Joaquín y Manuel Cuesta Gallardo, agregaron a sus proyectos de irrigación y de producción de energía eléctrica, el de un amplio fraccionamiento para granjas y villas de recreo a lo largo de la playa que se extendía desde Chapala hasta el punto llamado El Fuerte, con la esperanza de atraer a clientes mexicanos y norteamericanos.

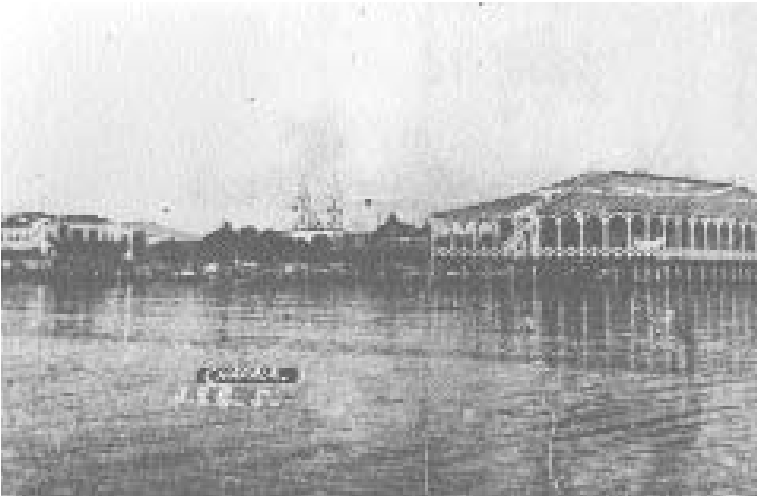
El acceso a la villa de Chapala era difícil. El viaje en diligencia desde Guadalajara tardaba dos días antes de que el hotelero Arzapalo aprovechara la estación de La Capilla para transbordar a su diligencia a los pasajeros del tren y sólo en los veinte del siglo pasado se hizo transitable para automóviles el camino carretero y se realizó la construcción del ramal ferrocarrilero a Chapala de efímera vida.



La época turística se caracteriza por ser una extensión para reunión elitaria de Guadalajara y México y negociantes e inversionistas de Estados Unidos y Europa, y sus actividades son los paseos por la laguna, las tertulias y bailes en los jardines particulares de sus playas, la lectura de poesía y los juegos de salón, así como las tardadas de toros.



RESIDENCIA DE LOS BRANIFF



YACHT CLUB

Los Braniff establecen su palacete en terrenos de la parroquia y edifican la plaza de toros, además de promover la construcción del Yacht Club (hecho en EU, armado en Chapala, con salón de baile, restaurante y biblioteca, tres veleros a disposición de los socios) (Martínez Redding 1973: 40ss).



LA RESIDENCIA DE LOS BRANIFF ENTRE LA PARROQUIA Y EL LAGO



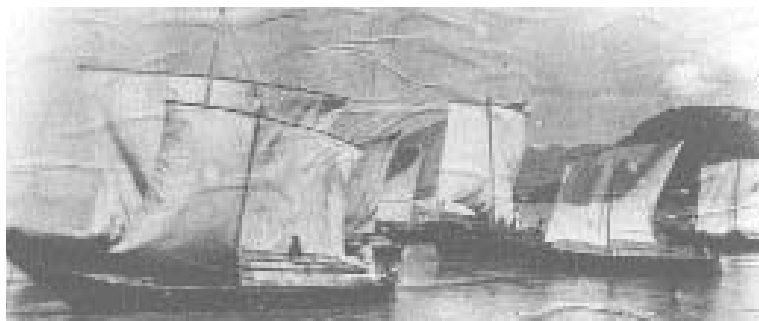
La tendencia urbanística introducida por la elite regional está marcada por dos vertientes: la primera, es su irrupción en los espacios públicos de la villa, cuya traza se desviaba del modelo colonial por la ubicación de la parroquia y la plaza contigua al muelle y puerto, es decir, no en el centro de la retícula de las calles y habitaciones. La residencia de los Braniff se interpone entre parroquia y lago y el hotel Arzapalo prolonga a la playa los espacios públicos de muelle y plaza.



La otra vertiente de la tendencia urbanística introducida por la elite regional se advierte en el poblamiento lineal a lo largo de la costa trazado por las residencias vacacionales, indicativo del interés por la cercanía al agua del lago, cuyo acceso se comparte con pescadores y transportistas y sus embarcaciones.



Constatamos que, al hacerse presente la elite porfiriana en Chapala, establece una relación estrecha y directa con el lago y un uso constante de embarcaciones; que no establece barreras en los espacios públicos de la población local –marcados desde antes por el predominio de la Iglesia y por la importancia económica y social de la producción pesquera y el comercio lacustre–, en los cuales inserta sus propias instalaciones, dentro de las cuales sí se establecen cotos privados.



Sabemos que la pesca no satisfacía tan sólo el consumo local; que daba ocasión a procesos de conservación –salado y secado– y que mercaderes especializados se encargaban de llevarlo a plazas distantes. El transporte lacustre, por su parte, no sólo comunicaba a los pueblos ribereños entre sí, pero permitía el intercambio de voluminosas producciones de sus *hinterlands*. La villa de Chapala, probablemente, no representaba un desarrollo pesquero y transportista notablemente más destacado que el de otros poblados ribereños, antes del arribo del turismo y de la apertura de las rutas ferroviaria y carretera, responsables de su involución.



No se ve prosperar la industria hotelera, pero sí la restaurantera y cantinera. Las residencias que antaño se levantaban apenas sobre el oleaje, resguardan ahora la intimidad de sus dueños atrás de murallas, privándolos simultáneamente del espectáculo lacustre. El estilo arquitectónico adoptado regionalmente bajo esta nueva globalidad semeja al del porfiriato en su carácter aristocratizante e imitador, pero ahora sus modelos parecen ubicarse en California y en Chicago y ya no en Francia. Sus pretensiones de dominio paisajístico son imperativas a la vez que los elementos arquitectónicos se conjugan para impactar ostentosamente y ocultar sus entrañas a quien los mira desde afuera.



A reserva de indagar la fecha de inicio del primer fraccionamiento de exclusivo propósito comercial turístico, así como la del arribo a Ajijic de los primeros jubilados estadounidenses, la lectura paisajística es indicativa de las actuales tendencias de ocupación del suelo que pueden atribuirse a la dinámica externa generada por la necesidad de descanso y vacación. Parece detectarse un momento en el cual sufre una disminución la preferencia de esa zona de transición entre lago y tierra para la inversión en casas de recreo campestre, trasladándose el atractivo a las laderas montañosas. Tanto las elites como el lago parecen haber coadyuvado en el distanciamiento mutuo, aunque estrictamente no se le pueda atribuir voluntad propia a este último.